

# LIBROS

**Federico Guzmán Rubio**  
EL MIEMBRO FANTASMA

**John Gray**  
FILOSOFÍA FELINA.  
LOS GATOS Y EL SENTIDO  
DE LA VIDA

**David R. Maciel**  
EL MÉXICO DE AFUERA.  
HISTORIA DEL PUEBLO CHICANO

**Aura García-Junco**  
EL DÍA QUE APRENDÍ QUE NO SÉ  
AMAR. ARS-AMATORIA

**Eduardo Huchín Sosa**  
CALLA Y ESCUCHA. ENSAYOS SOBRE  
MÚSICA: DE BACH A LOS BEATLES

**Jean Meyer**  
EL PROFETA DEL NUEVO  
MUNDO. LOUIS RIEL

## CRÓNICA

### El lado correcto de la Historia

por **Fernando García Ramírez**



**Federico Guzmán Rubio**  
EL MIEMBRO FANTASMA  
Ciudad de México, Los  
libros del perro, 2021,  
316 pp.

¿De verdad podemos saber cuál es el lado correcto de la Historia? Todos creemos estar situados en él. No he conocido a nadie que afirme: vivo en el lado equivocado, salvo los cínicos, pero su palabra poco vale. Todos creemos que los que no piensan como nosotros están equivocados, pobres, viven en el error, no se han dado cuenta. Hay espíritus lúcidos (Koestler, Paz) que reconocieron haber vivido equivocados, una vez que abrieron los ojos (“el bien, quisimos el bien”). Qué difícil es saber de qué lado vive uno. Los que asesinaron

a Julio César (“¿tú también, Bruto?”) fueron considerados durante siglos héroes que acabaron con la vida del tirano, hoy Marco Bruto es considerado un traidor, un magnicida. Los comunistas de la era de Lenin creían vivir en la tierra prometida (“he visto el futuro y funciona”, dijo Lincoln Steffens luego de visitar la Rusia soviética).

¿Soy progresista o reaccionario por oponerme al gobierno? Reaccionario para unos, progresista para otros. El reaccionario de hoy puede ser visto mañana como progresista, y viceversa. Lo mejor sería ver la propia posición con algo de escepticismo: Al apoyar a este personaje o a esta idea, ¿no estaré cometiendo un error? Si la Historia, vista hacia el futuro, no tiene guion, tampoco lo tiene para el pasado. ¿Los conquistadores españoles actuaron bien porque insertaron a los pueblos americanos en la historia del mundo o actuaron mal porque acabaron con una civilización diferente? ¿Cuál es el centro a partir del cual juzgamos? Objetivamente no existe ese centro. Mi lugar “correcto” en la Historia puede cambiar sin que yo me mueva debido a que alguien cambió

las coordenadas que servían de referencia. Vivir en el error a sabiendas debe ser insoportable. Borges cuenta la historia del bárbaro que al ver los capiteles y las columnas de la ciudad romana se cambió de bando y luchó hasta la muerte del lado de Roma. Los conversos son ejemplo de personas que se dan cuenta de que viven en el error y rectifican, aunque hay muchos casos de conversiones forzadas o de conversiones por interés o por miedo. Todos creemos estar en el lugar correcto (¿si no por qué estaríamos ahí?). Es como un mecanismo de defensa frente al mundo, con la excepción de espíritus notables (“en tu lucha contra el mundo, ponte del lado del mundo”, escribió Kafka). Ahora mismo, al escribir esto, ¿lo estoy haciendo desde el error o desde el lado correcto de la Historia?

Quien sí lo sabe, o quien sí cree saberlo, es Federico Guzmán Rubio, autor de *El miembro fantasma*, volumen de crónicas-ensayos, de crónicas que también son ensayos. La última de las cuatro crónicas que reúne este libro cuenta un viaje a Buenos Aires. Rubio visita las instalaciones de la ESMA, ayer centro de detenciones y torturas, hoy

lugar donde los argentinos han erigido un sitio para la memoria, para que no se olviden los años oscuros de la dictadura; y también se da tiempo para visitar, con algo de placer culposo, la Villa Ocampo, casa de Victoria Ocampo, el alma de *Sur*.

Literatura y política son los ejes de este libro. En Villa Ocampo Guzmán recuerda, claro, a Borges y lo llama reaccionario (“no me cabe duda de que Borges era reaccionario”). Rescata una anécdota que yo desconocía. Es sabido que Borges apoyó en sus inicios a la junta militar encabezada por Videla (también lo hizo Sabato, a quien nadie llama “reaccionario”), menos conocido es que ese apoyo se fue diluyendo hasta el punto en que Borges recibe en su departamento a dos madres de desaparecidos, las escucha, les cree y cambia de opinión. El 13 de mayo de 1980 publica una carta en *Clarín* en la que expresa su solidaridad “con el reclamo que formulan padres, hijos, cónyuges, hermanos y allegados para que se publiquen las listas de los desaparecidos y se informe sobre el paradero de los mismos”. La carta, dice Guzmán, “muestra una conversión absoluta en la imagen que Borges tenía de los militares”. Aceptar el error e intentar repararlo “son acciones [...] excepcionales entre los hombres”. A partir de ese momento, escribe Guzmán, Borges “hablará mal de la dictadura en cualquier ocasión que se le presente”. La historia no acaba ahí. Guzmán Rubio la complementa con otros hechos, más significativos. Un año antes de irse a Suiza “al muere” (para decirlo con una expresión borgiana), Borges acude a una sesión del Juicio a las Juntas Militares en la que el exdictador Videla “estaba sentado en el banquillo de los acusados”. En esa sesión testificó Víctor Bastera, un hombre ejemplar que, gracias a su extraordinaria memoria y valor, ayudó a condenar a muchos criminales de la dictadura. Guzmán Rubio, con muy buen tino, hace un juego

literario en donde Bastera cumple el papel de Funes, el hombre que lo recordaba todo. Luego de esa larga sesión, Borges publicaría días después uno de sus últimos textos: “Lunes 22 de julio de 1985”, en el que da voz a Bastera. Del inmenso tomo *Borges*, en el que Bioy Casares recogió sus diálogos, Guzmán Rubio destaca que Borges le dijo a Bioy que “cualquiera puede equivocarse, pero es necesario rectificar”. Borges lo hizo, puntualiza Guzmán, “cuando la dictadura aún gobernaba”, debido a lo cual “Borges, a su manera y dentro de sus posibilidades, murió a cielo abierto y acomeciendo, en el bando correcto”. Borges murió, entonces, a juicio de Guzmán Rubio, no como un vil reaccionario sino del *lado correcto de la Historia*. Esto, ha de suponerse, habla bien de Borges, pero también del cronista: Guzmán Rubio no se ve como un reaccionario, él también cree hablar desde el lado correcto de la Historia, habla desde el progresismo, desde una autoconferida autoridad moral en donde se ha querido situar para contar la historia de las revoluciones en América Latina. Esta historia, que cierra su libro, recorre en espíritu cada una de sus páginas. Soy de los buenos, de los que queremos un mundo mejor (en otros tiempos habría dicho: soy un cronopio), del otro lado están los reaccionarios, los burgueses, los neoliberales, los asesinos de la esperanza, los que odian la cultura y quisieran desaparecerla. Debe ser un alivio tener la certeza de saberse del lado de los buenos.

Borges murió en el bando correcto, dice Guzmán Rubio. ¿Cómo olvidar el mensaje que Borges, Bioy y otros enviaron a Díaz Ordaz para solidarizarse con el presidente luego de la matanza de Tlatelolco? De esas palabras no se arrepintió. Guzmán Rubio cuenta también otra anécdota. Poco después de que Borges recibiera a las madres de los desaparecidos y publicara su carta, caminaba por la calle cuando un coronel lo increpó: “Usted

está ofendiendo a las fuerzas armadas.” Borges alzó su bastón y contestó: “Soy ciego, pero no cobarde, retírese inmediatamente o no respondo de mí.” Está anécdota Guzmán Rubio también la sitúa en el lado correcto de la Historia. Pero existe otra anécdota, muy semejante. Borges daba clase en una universidad norteamericana. De pronto un joven interrumpió la clase para pedir que todos salieran porque iba a dar comienzo una manifestación en apoyo a una de las tantas revoluciones latinoamericanas. Borges se negó a dar por terminada su clase. El joven increpó a Borges (no a nombre de las fuerzas armadas sino de la Revolución), y este tomó a ciegas un libro de su escritorio, hizo ademán de arrojárselo y le dijo palabras muy semejantes a las que le dijo al coronel. Supongo que esta otra anécdota coloca a Borges en el lado oscuro de la Historia, en contra de la Revolución. Porque *El miembro fantasma* es un libro a favor de la Revolución y los que están en contra, ya se sabe, son reaccionarios.

El libro recoge cuatro crónicas: una sobre El Salvador, otra sobre Uruguay y dos sobre Argentina. En los cuatro casos va en busca de las huellas “que la Revolución dejó”. Va tras las huellas del FMLN salvadoreño, de los tupamaros uruguayos y de los montoneros argentinos. Va tras las huellas de esos fantasmas. Ya se sabe: en los tres países había gobiernos más o menos disfuncionales, injustos, los guerrilleros se levantaron en armas, los militares reaccionaron con inusitada violencia, se desató el combate, las guerrillas fueron aplastadas por el ejército, se instauraron dictaduras castrenses y, años después, se establecieron democracias en los tres países. Ninguno de los movimientos sociales confiaba en la democracia como vía para modificar la realidad. Para Guzmán Rubio hacer la Revolución estaba justificado (aunque en ningún caso hace el análisis de las sociedades antes de los movimientos armados), los

revolucionarios se movían “por ideales”, y todos querían un mundo mejor. No lo dice con claridad, pero querían acceder a un mundo mejor a través de la violencia armada. Está el caso de los tupamaros (“es difícil no sentir simpatía por los tupamaros”, dice Guzmán), ya que al principio eran como Robin Hood, robaban a los ricos para repartir entre los pobres. Ciertamente, como también lo es que a los simples robos de alimentos siguieran los robos de bancos, los secuestros y los asesinatos. En Alemania grupos terroristas se inspiraron en los tupamaros para realizar atentados contra la población civil. Recuerda Guzmán que el mundo estaba fascinado con los tupamaros, tanto que hasta Costa-Gavras filmó una película inspirado en ellos (*Estado de sitio*). Recuerdo a propósito una anécdota en la que Gravas contaba que su película se exhibió en muchos países. Cuando se proyectó en un país africano, al momento en que la cinta mostraba al ejército reprimiendo a los guerrilleros, el público aplaudió, para el total desconcierto del director. Y es que no es claro cuál es el centro que determina el lado luminoso y el lado oscuro de la Historia.

Guzmán Rubio viajó a El Salvador, Uruguay y Argentina en busca de “la Revolución que no fue”. El autor nació en 1977. Quizá por ello está ausente de su libro otro fantasma, el de la guerra sucia que emprendió el gobierno mexicano con saña para eliminar a los grupos guerrilleros que surgieron después de la matanza de 1968. El proceso fue parecido: democracia disfuncional, guerrilla, represión, con una gran diferencia: en México el proceso no terminó en dictadura militar. Más aún: uno de los artífices de la guerra sucia (Manuel Bartlett) es hoy miembro prominente del gobierno, sin que se le haya hecho ningún reclamo desde la izquierda. El proceso es más complejo aún. Al comienzo del gobierno actual, presidido por Andrés Manuel López Obrador, el encargado de la

Memoria Histórica (papel importantísimo en un gobierno del cambio), Pedro Salmerón, pidió que se reivindicara a los guerrilleros de la Liga 23 de Septiembre. Lo despidieron por su despropósito. Recientemente, en una reunión para organizar un memorial que recuerde a las víctimas de la guerra sucia, el gobierno invitó a un militar como orador, el cual pidió que se incluyeran los nombres de los soldados muertos, para absoluto escándalo de las víctimas.

*El miembro fantasma* es un libro político y literario. No le hago justicia si dejo de mencionar la parte literaria. Son notables las páginas que el autor dedica a Felisberto Hernández, Carlos Quijano y Silvina Ocampo. Son en cambio muy débiles las páginas en las que se examina a los movimientos revolucionarios. Se le olvida señalar (un verdadero fantasma de este libro) que en todos los casos se trataba de movimientos de inspiración marxista, que su horizonte no era la democracia sino la dictadura del proletariado; soslaya el autor que de haber ganado muy probablemente habrían sumido a sus países en dictaduras sangrientas, como de hecho sucedió en las dos únicas revoluciones que sí triunfaron: Cuba y Nicaragua. En estos países no se instauró la esperanza, no se erigió un mundo mejor. Se levantaron cárceles donde se torturan a los disidentes, de forma no muy diferente a las dictaduras de derecha que se erigieron en Uruguay y Argentina.

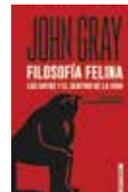
Recomiendo mucho la lectura de *El miembro fantasma*. Su prosa es fresca, clara, aunque su memoria es selectiva y un poco ingenua. Sus atisbos literarios son lo mejor del libro. Nadie sabe si uno vive o piensa en el lado correcto de la Historia. Federico Guzmán Rubio cree que sí es posible saberlo. La Historia es una pesadilla, dijo Joyce, de la que quisiera despertar. —

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ** es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.

ENSAYO

## Los gatos y el sentido de la vida

por Daniela Gallegos Ayala



**John Gray**  
FILOSOFÍA FELINA. LOS GATOS Y EL SENTIDO DE LA VIDA  
Traducción de Albino Sánchez Mosquera.  
Ciudad de México, Sexto Piso, 2021, 188 pp.

Desde la modernidad, se consideró al ser humano como el centro de todo conocimiento, como un ser vivo superior gracias a su capacidad racional. Al estar desprovistos de esa capacidad los animales fueron relegados a un ámbito inferior y, en algunos casos, eran vistos como autómatas sin alma. Eso pensaba, por ejemplo, René Descartes, que —a pesar de haber ganado fama por su duda metódica— no tenía reparo en lanzar gatos desde la ventana para probar que no tenían alma alguna que justificara la capacidad de sentir dolor. Los maullidos ocasionados por el impacto —creía el filósofo— no eran más que el producto del colapso de una máquina contra el suelo.

*Filosofía felina*, el libro más reciente de John Gray, cuestiona esa supuesta superioridad. Al contrario de lo que comúnmente se piensa, la razón humana no es más que una evolución accidental, en vista de que la autoconciencia no es la meta final del universo. “La conciencia —sostiene el autor— aparece en unos organismos por simple azar evolutivo, y va y viene en especies sucesivas.” La justificación para ponernos como el centro del conocimiento no tiene una base real y, por ello, cuando decimos que los gatos son inferiores porque son incapaces de pensar en sí mismos, en realidad no nos damos cuenta, según Gray, de que la autorreflexión es la fuente de nuestros más grandes delirios.

Los gatos gozan de una libertad mental que los humanos no tenemos. Pueden enfocarse totalmente en lo que hacen sin pensamientos de segundo orden que los hagan desconcentrarse del aquí y el ahora. Es decir que, si bien dan muestras de no tener gran preocupación por el futuro, parecen estar mejor preparados para afrontarlo. No viven alistándose para la muerte, como lo hacen los humanos, o como enseñan los filósofos que consideran la vida como una *preparatio mortis*. Esa libertad mental también significa que son libres del dominio de las palabras que rigen a los seres humanos, sobre todo en la filosofía, cuya historia se resume en la creación de ilusiones lingüísticas. Según Gray, los gatos son archirrealistas: viven siguiendo su naturaleza y concentrados en lo que sus sentidos les ofrecen y no con fantasías artificiales que les ayuden a suprimir su naturaleza.

Gray introduce a las escuelas helenísticas como el epicureísmo, el estoicismo y el escepticismo que trataron de contestar la pregunta que ocupa al ser humano durante toda su vida: ¿cómo ser feliz? A juicio de Gray, sin embargo, ninguna de ellas ha logrado dar una buena definición de la felicidad. Las respuestas de aquellos filósofos parecen insuficientes ante un panorama de pandemia, hambruna y guerra. ¿Cómo se puede hablar de felicidad desde la mera reducción de placeres o la aceptación de los hechos del mundo? ¿Cómo suspender el juicio podría desterrar esa inquietud que nos turba siempre?

Como una alternativa para responder esa clase de preguntas, Gray se sirve de Spinoza y del taísmo, ya que ambos hablan de una vida buena de acuerdo con la propia naturaleza. El *conatus* —o lo que se le asemeja en la filosofía china: vivir acorde al *tao*— es la fuerza interior para autoafirmarse en el presente. Para Gray, los gatos pueden ser felices porque se despliegan conforme a su propia naturaleza, y en ese *conatus*

se autoafirman: son siempre ellos mismos.

En los gatos la diversión de la caza o el amor que podrían llegar a sentir por sus amos son genuinos, porque no los buscan con el afán de olvidarse de sí mismos, sino por diversión, por hacer lo que en ese momento desean. Por esa razón, su compañía carece de un ego que pone al otro como objeto de su felicidad. Según la tesis de Gray, a menudo los humanos buscan negar su propia naturaleza y se ven en la necesidad de crearse relaciones, teorías y contextos necesarios para vivir. Samuel Johnson, que tenía una tendencia a la depresión, encontraba en la compañía de todas las clases sociales el aliciente de su melancolía. Pero nunca halló mayor felicidad que la que le dotaba la presencia de su gato. Hodge lo acompañaba porque así lo quería, a pesar de que, si un día Johnson moría, el animal estaría preparado para vivir en su ausencia. Los gatos en el mundo de los humanos permiten sacarlos del ensimismamiento y mirar más allá de su mundo atormentado.

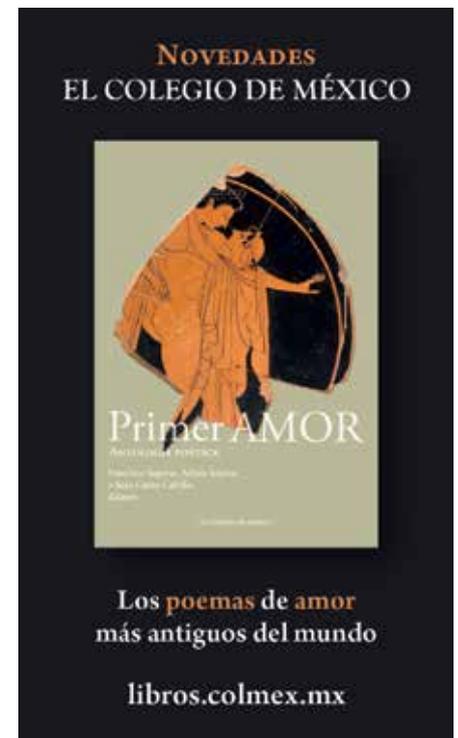
Con todas estas ideas en mente, me parece que el atractivo de este libro es que permite cuestionar nuestras concepciones en torno a la felicidad y la noción de la vida buena que la tradición occidental nos enseña como una meta. A su vez, presenta una gran oportunidad para aprender más acerca de las misteriosas criaturas que son los gatos, desde la concepción mística que se les adscribía en la Edad Media —o la categoría de dioses que se les dio en el Antiguo Egipto— hasta las múltiples historias que se han escrito en los últimos cien años acerca de ellos, como *La gata* de Colette o *Lost cat* de Mary Gaitskill, un bello ensayo que habla del amor entre un gato y su dueña.

Sin embargo, tengo la impresión de que el título no refleja las ideas que contiene: si la filosofía es una fuente de ansiedad y delirio y, por tanto, parece que supone un obstáculo para

la felicidad o una fuente de infelicidad, ¿por qué proponer una *filosofía felina*? En las primeras páginas, pensé que el libro trataría de proponer un modo de vivir felino, un modo de vivir antifilosófico, pero no parece ser el caso. ¿Esto podría revelar que la condición humana que se critica a sí misma se termina tropezando con su propio caminar? ¿O es que por el hecho de ser una *filosofía felina* deja de ser filosofía?

Por otro lado, Gray critica a las escuelas helenísticas que ofrecen un modo de vida bueno. Una de sus más agudas objeciones es que no se le podría decir a una persona que vive la guerra —un ucraniano, por ejemplo— que su felicidad está en la manera en cómo afronta la guerra, en suspender su juicio o en reducir sus placeres. ¿Pero podría objetársele lo mismo al decálogo que el propio Gray nos presenta al final? Es decir, ¿se salva de sus propias críticas? Pienso que no.

En su decálogo, el autor aconseja: 1) Nunca trates de convencer a los seres humanos de que sean razonables. 2) Es ridículo que te quejes de que nunca



tienes suficiente tiempo. 3) No le busques un sentido a tu sufrimiento. 4) Es mejor ser indiferente con otros a sentir que tienes la obligación de amarlos. 5) Olvídate de perseguir la felicidad y tal vez la encuentres. 6) La vida no es un relato. 7) No tengas miedo a la oscuridad, pues a menudo las cosas más interesantes se ocultan en la noche. 8) Duerme por el simple placer de dormir. 9) Guárdate de cualquiera que se ofrezca a hacerte feliz. 10) Y si no puedes aprender a vivir un poco más como un gato, regresa al mundo humano de la diversión y no te sientas culpable.

Me gustaría haber encontrado algo más que un decálogo felino de cómo vivir, porque un listado de diez puntos reduce demasiado la compleja condición humana que describe Gray. ¿Cómo podría decirse a un ucraniano que una pista para ser más feliz sería no tratar de convencer a Putin de que sea razonable?

Quizá mi lectura sea mucho más exigente y sería de lo que esperaría un libro cuyas intenciones aparentemente son más lúdicas que filosóficas. Si se tratara de una serie de consejos poco solemnes para enfrentar las vicisitudes ordinarias de la vida, el libro funcionaría como un ejercicio muy divertido. Pero me desconciertan ciertos pasajes, como cuando le recrimina a Epicuro que no sea consciente de ciertos males como la pobreza. Tomando en cuenta eso, ¿puede Gray reprochar a Epicuro que no dé respuestas a situaciones límite y sugerir al mismo tiempo que vivir como un gato sí las da?

Si se quisiera salvar la propuesta de Gray, habría que enfatizar el hecho de que el decálogo consiste en realidad en una serie de “pistas sobre cómo vivir bien” (de hecho, así las describe en cierta parte del libro), difícilmente aplicables en contextos como las guerras, los feminicidios o las desapariciones forzadas. De ser más honesto con su título, Gray podría limitarse a proponer un atisbo de cómo vivir menos atormentados ante males naturales como la enfermedad

o la muerte, pero no responde ni responderá nunca, así como tampoco pudieron hacerlo ni las escuelas heleenísticas ni Spinoza ni el taoísmo, a la pregunta de qué es la vida buena y cómo conviene vivirla ante males morales perpetuados por nosotros, los seres humanos. —

**DANIELA GALLEGOS AYALA** es filósofa, editora y escritora. Estudió filosofía en la Universidad Panamericana.

## HISTORIA

# Mexicanos al norte de la frontera

por **María Rosa García**



**David R. Maciel**  
EL MÉXICO DE AFUERA. HISTORIA DEL PUEBLO CHICANO  
Ciudad de México, FCE, 2021, 408 pp.

¿Qué sabemos de los mexicanos que residen en Estados Unidos? Cuando se escuchan conversaciones sobre el tema en México, se encuentran dos visiones opuestas. Una apunta que los paisanos son “héroes” anónimos. Los medios de comunicación constantemente nos repiten la cifra (récord) de que el año pasado mandaron 54 mil millones de dólares al país. Algunos expertos agregan que las remesas desde Estados Unidos son la más eficiente forma de “asistencia externa” que existe, dado que llega directamente a los bolsillos de las personas que la necesitan. Sin embargo, existe a la par una visión negativa de los mexicanos que radican en la Unión Americana, basada en el argumento de que rechazan sus raíces. Las anécdotas personales abundan por parte de quienes al interactuar con personas de origen mexicano hacen juicios universales a partir

de su experiencia individual, lo que culmina con afirmaciones de que “no quieren hablar español” o “no quieren saber nada de México”.

El asunto no es nuevo. Desde la época de la posrevolución ambas visiones han coexistido y —lo más grave— la visión negativa parece haber impedido el desarrollo de la investigación académica y de trabajos periodísticos serios, y en última instancia la eliminación de estereotipos dentro de México acerca de la comunidad mexicana en Estados Unidos. En ocasiones, simplemente se ha ignorado la existencia de esta población. Los libros de texto, por ejemplo, después de relatarnos la guerra del 47, nada dicen del destino de 110,000 mexicanos que se quedaron en los territorios que México perdió, luchando por mantener sus derechos y ante todo su mexicanidad.

En este escenario el libro de David R. Maciel, *El México de afuera. Historia del pueblo chicano* permite a sus lectores mexicanos —y de habla hispana— lograr un mejor entendimiento de la historia y desafíos contemporáneos de la comunidad de origen mexicano en Estados Unidos. El texto es pionero en su propuesta analítica, y por el hecho de que no existe nada comparable en español de la misma amplitud y rigor. Se trata de una visión panorámica de los mexicanos al norte de la frontera desde los primeros asentamientos en la época colonial, pasando por su desarrollo en los siglos XIX y XX, y concluyendo con su situación actual (hasta la administración Biden). Sus diez capítulos —organizados cronológicamente— nos remiten a varias etapas del pueblo chicano, cubriendo su rica vida económica, social, política y cultural (incluyendo la literatura y, a partir de la década de 1960, el cine). La discusión de las distintas etapas históricas se entrelaza por cierto con historias individuales de chicanos y chicanas destacados en diversas áreas. Otro de sus grandes aciertos es incluir, en cada

capítulo, una discusión sobre temas de género. Asimismo, las muchas gráficas e ilustraciones ayudan a una mejor comprensión de los temas tratados.

Un gran aporte de este texto es que empieza por clarificarnos quiénes integran esta comunidad de origen mexicano, ya que aun en este punto existe confusión en México. La idea de que está compuesta por migrantes en su mayoría indocumentados forma parte de la narrativa predominante. En realidad, estamos hablando de 37 millones de personas que de manera voluntaria le han reportado a la Oficina del Censo estadounidense que son mexicanos o de origen mexicano. De este número, 12 millones son en efecto inmigrantes de primera generación nacidos en México (aproximadamente la mitad carece de documentos y los 6 millones restantes son residentes permanentes; cuentan con un permiso temporal para trabajar como DACA; o son ciudadanos de Estados Unidos por naturalización). De los 25 millones restantes se sabe mucho menos. Se trata de ciudadanos estadounidenses por nacimiento cuyos ancestros se quedaron después de la guerra del 47, o fueron llegando en subsecuentes olas migratorias. Sin duda mantienen lazos (culturales, por ejemplo) con México, lo que los lleva a reportar su origen al Censo de Estados Unidos. En su introducción, Maciel explica la terminología utilizada hacia la población de origen mexicano (chicanos y chicanas, chicanox, méxico-americanos). Además, es interesante que nos guíe acerca de las contribuciones históricas y contemporáneas de la población de origen mexicano dentro del territorio estadounidense, y en más de una ocasión nos sorprenda con sus relatos de cómo esta comunidad ha acompañado a México en todos sus movimientos políticos y sociales importantes.

Al final, David R. Maciel logra interpretar los enormes retos que los mexicanos en Estados Unidos han

enfrentado ante políticas caracterizadas por el racismo, el etnocentrismo y, en ocasiones, la violencia extrema. A la vez subraya su espíritu de lucha para seguir adelante, a través de distintas acciones de “supervivencia, afirmación y resistencia”, puestas en práctica para enfrentar la opresión. Por lo demás, la discusión sobre las perspectivas historiográficas de la academia chicana sobre su propia historia y la amplísima bibliografía de esta obra puede despertar el interés de académicos y estudiantes para continuar con la investigación y el debate. Finalmente, este libro le ofrece al público en general, a través de una amena narrativa, herramientas para ir más allá de las visiones simplistas –o de pleno desconocimiento– que existen en México acerca del pueblo chicano. —

**MARÍA ROSA GARCÍA** es profesora en el Departamento de Ciencias Políticas de la California State University, Northridge.

### ENSAYO

## Amor Romántico S. A. de C. V.

por **Gaëlle Le Calvez**



**Aura García-Junco**  
EL DÍA QUE APRENDÍ  
QUE NO SÉ AMAR.  
ARS-AMATORIA  
Ciudad de México, Seix  
Barral, 2021, 248 pp.

En *El día que aprendí que no sé amar. Ars amatoria* Aura García-Junco (Ciudad de México, 1988) lleva a cabo una deconstrucción de lo que llama el “Amor Romántico S. A. de C. V.”. Con humor e ingenio –y desde una perspectiva feminista contemporánea– desmantela *El arte de amar* de Ovidio. La relectura crítica de esta obra funciona como núcleo y contrapunto de su “propio manual para

amar”. Su escritura parte de lo íntimo (del cuerpo, del deseo y de la propia experiencia) para después trasladarse a terrenos intelectuales y estéticos desde los cuales reflexiona sobre el agotamiento del lenguaje amoroso.

García-Junco adelanta su postura existencial y filosófica en los dos epígrafes que abren su libro. Con el primero se posiciona contra el “canto” y la “verdad” y contra el poeta romano Publio Ovidio Nasón, cuyo nombre tachonea en un gesto de rebeldía antipatriarcal.

La experiencia dicta mi poema  
no desprecien sus consejos saludables:  
canto la verdad.

Publio Ovidio Nasón, *El arte de amar*.

Con el segundo, se alinea con la norteamericana Vivian Gornick, maestra en transformar las experiencias vitales –“Líos. Aventuras. Pasiones...”– en obras de arte literarias.

Antes de entrar de lleno a su tema, la autora reconoce sus límites con claridad. No pretende ser exhaustiva, a pesar de que su análisis es muy ambicioso, ni saberlo todo. Como indica con ironía en el título (*no sé amar*), su investigación “parte de un análisis que es en gran medida cis- y heterosexual”: “en estas páginas lo único que pretendo es hacer un acercamiento a la manera en que nos relacionamos en la actualidad en algunos sectores de clase media urbana en México, hasta donde me es posible ver, con todos mis puntos ciegos y mis limitaciones”.

García-Junco elabora un rico marco teórico, que le permite observar con mayor complejidad sus experiencias. Se refiere a pensadoras norteamericanas como Stephanie Coontz, Moira Weigel, Léa Séguin o la británica-australiana Sara Ahmed –que han abordado temas como el matrimonio, la sexualidad y el erotismo– y europeas como Eva Illouz, Esther Perel, Brigitte Vasallo –que se han adentrado en los afectos, en la inteligencia emocional y la misoginia,

entre otros asuntos—. Si bien el estudio menciona las aportaciones de Marcela Lagarde sobre la violencia feminicida y las del antropólogo Federico Navarrete con respecto al racismo, el diálogo con críticas y pensadores mexicanos se extraña un poco en este trabajo, sobre todo tomando en cuenta que las experiencias de la ensayista y narradora se sitúan en México.

El libro se divide en trece muy breves secciones en las que se mezclan vivencias personales, estudios teóricos, literarios y culturales, una posdata en forma de carta de amor a Ovidio y una sección final de notas bibliográficas. Compagina la rigurosa lectura de literatura medieval y clásica con un entusiasmo un poco excesivo hacia las teorías más recientes aún no pasadas por el tamiz de su escepticismo, distanciamiento necesario hacia toda teoría, por más fascinante y liberadora que suene.

*El día que aprendí que no sé amar* arranca con una anécdota donde la autora describe un encuentro furtivo con Z, una joven artista que cuestiona su preferencia por las relaciones abiertas. Esta escena detona “muchas dudas”: “¿Que un beso no se relaciona con aquella difusa idea llamada ‘amor’? [...] ¿en serio amo a mi novio? Y si es así, ¿no puedo querer estar con otros a la vez?” A partir de ahí el libro emprende un análisis de lo que significa el amor partiendo de las películas, las canciones, los cuentos, etcétera. Examina todas las etapas, ritos y formas tradicionales de relacionarse (ligue, conquista, “posesión”, matrimonio, monogamia) al tiempo que explica el amor en los tiempos de las redes sociales o el poliamor y sus reglas, en principio transparentes, pero no siempre muy claras entre los involucrados.

El abanico de posibilidades resulta muy ilustrativo. En el muestreo masculino —el que predomina— desfilan como en una mala lotería: “el mañoso cuarentón” que anda cazando a las

de veinte, “el artista loco” que no invita ni la chela y luego da “una noche de mierda”, “el adicto al porno” y —quizás el peor— “el filósofo” que propone pactos novedosos y luego desaparece. No hay a quién irle, ni para una noche, ni “para siempre”, ni por la libre. Nada. Ninguno. Podríamos creer que García-Junco tuvo mala suerte, que salió con demasiadas expectativas a su trabajo de campo, pero es más acertado decir, por la violencia hacia las mujeres que aún prevalece, que hay un común denominador de absoluta irresponsabilidad afectiva y social. En este contexto francamente triste y misógino no sorprende que las teorías feministas parezcan desarticuladas respecto a las historias narradas.

La dimensión literaria de la obra —su latido— aparece muy pronto en la lectura y esto produce, desde el principio, una experiencia muy gozosa. El segundo fragmento continúa —tal como anuncia el primer epígrafe— con las citas y las tachaduras de *El arte de amar*: “Voy a cantar al amor apacible y a los arrebatos permitidos, y no habrá delito alguno en mi poema.” Las tachaduras, ya queda claro para entonces, son el corazón del libro, es ahí donde el pensamiento de la autora se condensa con mayor fuerza, no en las anécdotas ni en las referencias bibliográficas. La tachadura funciona como un rechazo hacia la ideología dominante que libera a la narradora (y a la lectora). Los fragmentos sin tachar manifiestan sus ideas sobre el arte y sobre el amor. Un amor sin adjetivos, sin emociones extremas y una belleza que está en muchas partes: en la hibridez del discurso, en el relato de lo vivido —descrito con mucha valentía— y en ese arrojo antagónico hacia el texto clásico.

El libro va creando abismos entre los fracasos (aprendizajes) en serie y las elaboradas tesis amorosas —muchas veces utópicas— de la ensayista. Queda el intento por pensar —junto con otras muchas

mujeres— cómo darle la vuelta al patriarcado y la curiosidad por seguir ese mapa de lecturas tan diversas.

Más allá del ejercicio teórico-práctico, la principal cualidad de este ensayo radica en su reescritura. El placer inmenso de tachar con precisión lo canónico —cuestionarlo— revela la inteligencia de la autora. La tachadura deshabilita la noción de belleza (buena, noble, verdadera) y apuesta por una versión editada —tachada— del amor y de la obra literaria. Con este libro, García-Junco se incorpora de lleno al flujo de las escrituras feministas contemporáneas. —

**GAËLLE LE CALVEZ** es poeta, académica y crítica literaria, autora de *Les émigrants / Los emigrantes* (UAM-Écrits des Forges, 2015).

## ENSAYO

# Lo que callan los acordes

por **Bruno Bartra**



**Eduardo Huchín Sosa**  
CALLA Y ESCUCHA.  
ENSAYOS SOBRE  
MÚSICA: DE BACH A  
LOS BEATLES  
Ciudad de México,  
Turner, 2022, 240 pp.

*Eso suena mal. Bueno... tal vez no.*

De pronto, un trovador callejero toca un acorde erróneo a media canción. Esto no escapa de los oídos de un músico, quien ahora dudará si darle una moneda al intérprete. Esa es una duda que ha asaltado alguna vez a Eduardo Huchín, quien en su libro *Calla y escucha. Ensayos sobre música: de Bach a los Beatles* confiesa ser el tipo de persona “enfermiza” a la que le importan *demasiado* los acordes.

Más allá de la anécdota, está confesión de Huchín encierra una de las ideas clave del libro: el conflicto y la

ruptura en la música. Hace casi quince años platicué con el músico bosnio Goran Bregović semanas antes de su participación en el Festival de México. Estaba particularmente emocionado porque iría a Garibaldi a escuchar mariachis callejeros. No le importaba si estaban desafinados, pues eso le parecía parte del encanto. Recuerdo esa plática porque, aunque la desafinación no es lo mismo que tocar un acorde equivocado, la concepción de Bregović respecto al “encanto” de la música tiene mucho que ver con la práctica “enfermiza” de Huchín y la manera en que logra trascenderla en su libro. Al hacerlo, rompe las “correas” que atan a muchos músicos y presenta una visión integral de la música como causa y efecto de su contexto histórico y cultural.

*Calla y escucha* rastrea diversos momentos en que se han roto barreras y tradiciones dentro y fuera de la música. Al hacer esto, el texto funciona como una ventana que nos permite mirar a la música y su contexto de otra forma, tender puentes e, incluso, terminar de derribar algunas de esas barreras con el simple hecho de notar su artificialidad. La experiencia de Huchín, quien además de ser escritor y editor es músico y forma parte del dueto Doble Vida, le permite tener un pie dentro de la música y otro fuera de ella. Así se logra liberar de las mencionadas correas que, irónicamente, impiden a muchos músicos entender su profesión como parte de un todo cultural y social.

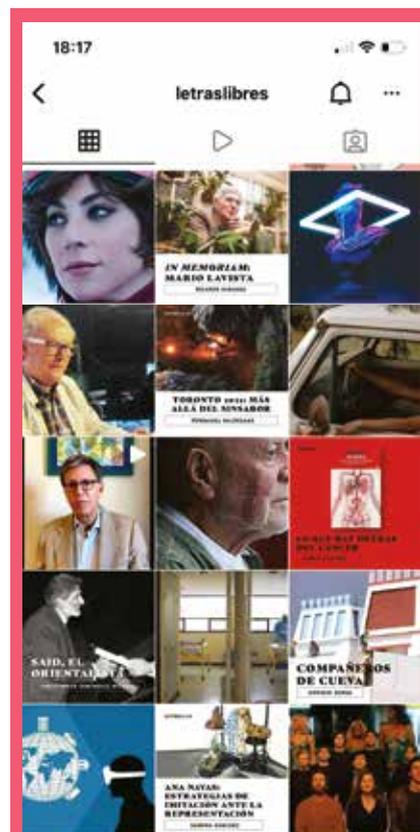
Cuando el autor menciona en las primeras páginas del libro que le es más fácil entender una obra de Bach al ver las manos y dedos de un guitarrista que la interpreta que al leer el torbellino de notas sobre un pentagrama, está rompiendo una de las correas más fuertes. Es consciente de que hay yugos musicales de los que no puede liberarse, como ese tormento que siente al escuchar acordes fuera de lugar, pero, gracias a que entiende que esa

es una manía propia, no cierra los ojos —ni los oídos— a esa experiencia.

Así, el autor inicia un recorrido que pasa por los personajes más divertidos de Les Luthiers, narra el extraño caso de los *fake books* —partituras resumidas que se distribuían por contrabando— o cuestiona a aquellos melómanos que parecen salidos de *Alta fidelidad* de Nick Hornby, cuyo saber enciclopédico sobre un nicho musical como “el punk de Ecatepec de la década de los ochenta” en muchos casos resulta estéril. En su repaso musical “de Bach a los Beatles”, Huchín también evoca cómo el obrero Bennie Lydell Glover contribuyó a destrozarse la industria discográfica, analiza el lado oscuro —y muy brillante a la vez— de Cri-Cri y describe las dificultades del día a día de un músico, algo que posiblemente ha padecido Huchín en carne propia con Doble Vida.

Todo ello nutre y al mismo tiempo es fruto de dos capítulos que son los pilares conceptuales del libro, dos ensayos que por sí solos resumen y analizan las transformaciones de la música, la cultura y la sociedad a lo largo del siglo xx: “Abre los ojos bien: la experiencia visual de la música” y “Lo que hace un beatle por las noches”. El contenido del primero se explica por su título, mientras que el segundo aborda los cruces telúricos de esa frontera borrasca entre la música clásica y la popular.

“Abre los ojos bien...” da inicio con un ejemplo que resultará familiar a los lectores: la irrupción de MTV (Music Television) en 1981 y la revolución que implicó al consolidar a los videoclips como un modelo de difusión de la música. Pero Huchín rastrea esa “experiencia visual” hasta tiempos anteriores a la televisión, cuando la alianza entre música e imagen se consolidó con el cine. Con los pianistas que tocaban en vivo durante las cintas silentes se descubrió que la música podía proveer de intensidad dramática o, en algunos casos, arruinar la historia, de acuerdo con las crónicas que



LETRAS  
LIBRES

@letraslibres  
en Instagram



rescata Huchín de algunas ocasiones en que la gente pedía a gritos que se callara el pianista. En todo caso, la música regía la historia.

Después, las cintas incluirían su banda sonora, y de ellas Huchín destaca *La tierra de la música* (1935) de Disney, una película animada que ilustra el cisma entre música popular y clásica, con elementos sonoros y visuales clarísimos para distinguir a ambos universos o “tierras” musicales. En la narrativa del cine de la época florecían

el racismo y la discriminación y la música ayudaba a reforzar ello por medio de la instrumentación y melodías. Algo positivo que Huchín rescata de ese contexto fue que la gran industria del cine animado abrió un espacio de experimentación e innovación musical. Composiciones que jamás habrían sido aceptadas en el gremio de la música culta hallaban una válvula de escape en ese medio. Esa experimentación musical de la banda sonora de las caricaturas eventualmente se

extendería a todo el cine. Vendría el *avant garde* y los extremos de John Cage y su obra *4'33"*, que algunos podrían considerar como la única composición que suena completamente diferente cada vez que se escucha.

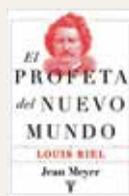
En “Lo que hace un beatle por las noches”, Huchín tiende el puente entre la música clásica del siglo xx y la música popular. Entre Schönberg y Cage y Lennon, Harrison, McCartney y Starr halla vasos comunicantes: una vocación innovadora que ha arrojado

## LIBRO DEL MES

HISTORIA

### El teléfono de Dios

por **Rafael Rojas**



Jean Meyer  
EL PROFETA DEL NUEVO  
MUNDO. LOUIS RIEL  
Ciudad de México, Taurus,  
2022, 364 pp.

Parte considerable de la larga y fecunda carrera de Jean Meyer como historiador ha estado dedicada a narrar la lucha de los cristianos por practicar libremente su religión. Unas veces su personaje es el cura Hidalgo, excomulgado y ejecutado en la Nueva España borbónica. Otras, los jesuitas latinoamericanos sobreviviendo a los Estados liberales de mediados del siglo xix. Otras más, los ortodoxos rusos resistiendo el ateísmo estalinista, sin olvidar, desde luego, a los cristeros mexicanos rebelándose contra el anticlericalismo posrevolucionario.

En su último libro, Meyer fija la mirada en otra epopeya católica: la de Louis Riel y los métis de Manitoba, Saskatchewan, Assiniboia, Alberta y los Territorios del Noroeste de Canadá, a fines del siglo xix. Este líder, teólogo y poeta mestizo, nacido en Manitoba en 1844 y educado en el seminario católico de Saint-Boniface, encabezó dos acciones de resistencia —Meyer rechaza el

concepto de “rebelión”, que generalmente se les atribuye— frente a la confederación canadiense: la de la Rivière Rouge entre 1869 y 1870 y la de Saskatchewan entre 1884 y 1885.

El primero de esos movimientos terminó con el exilio de Riel y sus seguidores en Montana, aunque el líder llegó a ser elegido como representante a la Cámara de los Comunes canadiense. El segundo, con su arresto y ejecución en la cárcel de Regina, luego de un proceso judicial en que Riel se defendió con la noble elocuencia de los primeros cristianos. Su causa no era contra los británicos, ni contra los protestantes, mucho menos contra la confederación canadiense, donde su comunidad reclamaba un lugar por derecho propio. Su causa era la de un autogobierno regional, confederado, como el que impulsaban los propios anglófonos protestantes, sin romper el lazo con la corona británica.

Cuenta Meyer que incluso el último acto de resistencia, que llegó a producir una trama insurreccional rápidamente neutralizada por las fuerzas canadienses, tuvo desde un inicio un objetivo autonomista, alcanzable a través de acuerdos con el gobierno del primer ministro John A. Macdonald. Fue entonces que Riel logró atraer más claramente a los diversos grupos de habitantes del noroeste, incluyendo, además de los métis, a blancos anglófonos y a las comunidades crees, lideradas por los jefes Big Bear y Poundmaker.

La bibliografía sobre Riel es copiosa y Jean Meyer la repasa puntualmente. El saber acumulado sobre este autodenominado “profeta del Nuevo Mundo” echa por tierra los epítetos de traidor y asesino, hereje y demente, sostenidos por el gobierno canadiense y la corona británica durante el juicio de Regina, en noviembre de 1885. Meyer no duda en agregar otro libro al estante, convencido de

grandes misterios estudiados por décadas, como la naturaleza del primer acorde de “A hard day’s night”. Huchín aborda en ese ensayo el que quizá resulte ser uno de los momentos más importantes en la historia de la música, un punto de inflexión a partir del cual se ha dado un éxodo: las ideas innovadoras, los grandes instrumentistas y compositores han comenzado a migrar del mundo de la música clásica al de la música popular. Es un proceso que aún se está dando y quizá pasen

algunas décadas para que se complete la migración. Pero ya hay algunas personas que han decidido prestar atención a los acordes “erróneos” o levantar la oreja —y la mirada— cuando se escucha algo “desafinado”, pues, aunque en muchas ocasiones puede ser un error en la progresión de acordes o una cuerda mal afinada, en otras ocasiones puede tener que ver con el contexto. Quizá la cuerda se ha contraído por el clima, o el trovador tropezó al tocar el acorde. O quizás ha sido intencional,

con un sustento cultural detrás. Pese a los escalofríos que pueda causar un acorde erróneo, Huchín ha decidido abrir los oídos, la mente, y escribir *Calla y escucha*, que revela parte de ese encanto de la música. —

**BRUNO BARTRA** es sociólogo, etnomusicólogo, periodista y DJ. Es autor de *Fronteras reconfiguradas. Balcanes mexicanos, hip-hop chicano, jarocho estadounidense y las nuevas nociones de patria* (Siglo XXI, 2018).

que su biografía es más que una biografía: es también historia religiosa, militar, agraria, ambiental y cultural.

Tema especialmente controversial de la vida y obra de Riel es el de sus fricciones con la Iglesia católica, que lo apoyó durante la resistencia del Red River, pero no en la de Saskatchewan. Meyer sugiere que el distanciamiento se produjo durante el exilio de Riel en Estados Unidos, cuando su misticismo se intensifica, aunque sin abandonar la causa de los métis, ya que llega a entrevistarse, sin éxito, con el presidente Ulysses S. Grant para pedirle respaldo a una eventual secesión de Manitoba.

En 1876, poco después del fracaso de sus gestiones ante Grant, Riel fue internado en el asilo psiquiátrico de San Juan de Dios, en Longue-Pointe, Montreal. El diagnóstico fue megalomanía y delirio de grandeza, y el nombre que se registró en su hoja clínica fue Luis David Riel, nueva identidad que invocaba a dos reyes santos: el de Francia y el de Israel. El texto en que Riel se autoproclama “profeta del Nuevo Mundo”, *Révélacion de la Sublime Porte*, fue escrito en aquel manicomio y está lleno de referencias judaicas.

En lenguaje cifrado, a veces alegórico, veía el destino de la nación métis amenazada por los mismos enemigos de la Francia católica, que eran también los de Roma. De un lado, los musulmanes, rivales de Rusia; del otro, el gran imperio alemán, vencedor en la guerra franco-prusiana, que se volteaba contra la Santa Sede. Riel se llama a sí mismo “león de la tribu de Judá” y asegura, en carta al obispo de Montreal, Ignace Bourget, que el “Espíritu Santo le reveló que los salvajes de América del Norte eran judíos, de la más pura sangre de Abraham, con excepción de los esquimales que venían de Marruecos”.

En otro texto, con pretensiones de tratado, *Revelaciones sobre las naciones de la tierra* (1877), Riel reiteró el tono

profético, extendiendo sus visiones a la realidad internacional. Continuó su crítica al viejo imperialismo británico y al nuevo imperialismo alemán, repasó la situación de Francia y España, que vivieron experiencias republicanas divergentes, y se interesó en la crisis del sistema esclavista en el sur de Estados Unidos, el Caribe y Cuba. Como Rafael María de Labra y otros autonomistas cubanos de la misma época, defendió la abolición de la esclavitud.

Toda su escritura, en poesía y prosa, eran dictados del Espíritu Santo o verbo encarnado. En un raro poema, dice: “soy el alegre teléfono / que transmite los cantos y discursos del cielo”. El milenarismo se acentúa en aquellos años, al punto de declarar que Manitoba estaba llamada a convertirse en la Roma del Nuevo Mundo y él en su sumo pontífice. A Meyer le resulta difícil precisar si aquella mezcla de mesianismo y judaísmo enturbió sus vínculos con la Iglesia, ya que entre 1883 y 1884, justo antes de la insurrección de Saskatchewan, residió, con su familia, en la misión jesuita de St. Peter, en la ribera del río Sun, y mantuvo comunicación amistosa con el obispo Bourget.

Las escenas de los últimos días de Riel en la cárcel de Regina, en espera de subir al cadalso, escritas con envidiable maestría, convencen de su muerte en la fe católica. Una fe que, como comentaría José Martí desde Nueva York, pocos años después, también se entrelaza con el patriotismo en naciones como Polonia e Irlanda, pero no necesariamente en las iberoamericanas. Quien hace siglo y medio fuera, para la corona británica, un criminal y un loco, es hoy un prócer del nacionalismo quebequés y un precursor de los Estados plurinacionales del siglo XXI. —

**RAFAEL ROJAS** es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *La epopeya del sentido: ensayos sobre el concepto de Revolución en México (1910-1940)* (El Colegio de México, 2022).